

Los romanos

El desarrollo de la historia de los romanos es bien diferente de la de los griegos. Éstos componían un mosaico de ciudades-estado unidas por la lengua, las costumbres y la religión, pero con independencia política; ello les llevaba a combatir frecuentemente entre sí por la hegemonía, formando alianzas entre ciudades; también sabían unirse para luchar contra el extranjero y a veces participaban en otros ejércitos como mercenarios, llegando incluso a luchar, en estas circunstancias, contra otros pueblos griegos, como en el sitio de Samos, visto anteriormente, donde los aqueos ayudan a los romanos contra los de Samos.

Los romanos, en cambio, crecen en torno a una sola ciudad, Roma, que va expandiendo su poder político, conquistando territorios e imponiendo su lengua, su cultura y su ley.

En el siglo VIII a. de C. Roma era un pequeño poblado a orillas del Tíber sobre el cual construyeron un puente sus habitantes, controlando el paso del comercio entre los opulentos etruscos del norte y las colonias griegas del sur de Italia y de Sicilia. Su posición estratégica y participación en el intercambio comercial les llevó a un próspero desarrollo. A principios del siglo VI Roma era ya una ciudad amurallada bien poblada y en el siglo V derrotó por primera vez a sus poderosos vecinos etruscos, preparándose para la conquista total de Etruria. A pesar de ser invadida y saqueada por los galos se recuperó fácilmente. Hacia el año 275 a. de C. Roma dominaba toda la península italiana.

Pronto entraron los romanos en conflicto con los cartagineses, que controlaban el comercio del Mediterráneo y tenían intereses en muchas de las ciudades itálicas conquistadas por los romanos. Las guerras entre romanos y cartagineses, las Guerras Púnicas, se prolongan durante más de un siglo, desde el 264 hasta el 146 a.C., año en el que Cartago es finalmente destruida.

Estas guerras son el escenario donde veremos en brillantes acciones a los baleares, los más famosos honderos de la época, que acabaron dejando un impacto épico en la literatura romana posterior.

Es sin duda la época romana la edad de oro de la honda, al menos en lo que se refiere a las huellas literarias e históricas que dejó su uso y las hazañas de los honderos; esto sin olvidar la propia modestia del arma, que por su propia naturaleza sólo podía ocupar un segundo lugar entre el armamento de los ejércitos romano y cartaginés.

La primera confrontación entre ambos ejércitos tiene lugar en Sicilia. Tras una larga y costosa guerra de 23 años (264-241) vencen los romanos, debiendo los cartagineses renunciar después al control de Córcega y Cerdeña. Además son obligados a pagar una elevada indemnización de guerra. Como es lógico, los hispanos pelearon como mercenarios al lado de los cartagineses, bajo cuya esfera de influencia estaban entonces. La presencia entre las tropas hispanas de honderos baleares queda recogida por Polibio, historiador griego del siglo II a. de C., al relatar la rebelión de los mercenarios que siguió a la batalla, motivada por el impago de sus salarios por Cartago.

Para hacer frente a la indemnización a los romanos, así como para aumentar su disminuida área de influencia, los cartagineses emprenden su expansión por Hispania al mando del general Amílcar Barca. Mantiene duras luchas contra los pueblos íberos, explotando sus riquezas y controlando sus envidiados recursos mineros. Muere Amílcar

luchando contra los íberos y le sucede Asdrúbal, más pacífico y diplomático, que tomó por esposa a la hija de un reyezuelo íbero. Le sucede Aníbal que emprende la expansión hacia el norte, siguiendo la Vía de la Plata, con un ejército bien equipado que incluía a los elefantes. Va sometiendo y amedrentando a los diferentes pueblos, no sin fuerte resistencia en muchos casos, consiguiendo alianzas políticas incondicionales, pagos de tributos y tropas auxiliares. En adelante los hispanos serían una parte fundamental del ejército de Aníbal en su lucha contra los romanos.



Imagen idealizada de Aníbal

En el 219 pone Aníbal sitio a Sagunto, que era aliada de los romanos, con el pretexto de conflictos de esta ciudad con los pueblos vecinos. La ciudad es conquistada sin que Roma acuda en defensa de sus aliados. Sin embargo, consciente del peligro cartaginés, se prepara para la guerra definitiva, y lo mismo hace Cartago.

La estrategia de Aníbal, nada ignorante del inmenso poder del ejército romano, era debilitarlo socavando la confederación política de Roma con sus aliados de Italia, que eran los que le proporcionaban la ingente cantidad de tropas que precisaba su colosal ejército. Para ello decide marchar sobre Italia, pero tiene que desestimar la ruta marítima debido a la superioridad naval de los romanos. Elegida la penosa ruta terrestre confía en ganar aliados en el camino, entre los celtas de la Galia cuya aversión hacia los romanos era patente.



Aníbal cruzando los Alpes. Jacobo Ripanda (1)

Con un gran ejército formado por 90.000 infantes, 12.000 jinetes y 37 elefantes parte de Cartagena, la capital cartaginesa de España. En su ejército figuran miles de íberos, celtíberos y baleares que recorrerán y lucharán en Italia de norte a sur, teniendo una brillante participación en las victorias cartaginesas. Los romanos sufrirán un severo castigo y verán sus tropas diezmadas.

Cruza los Pirineos y los Alpes con un sinnúmero de dificultades. El número total de sus fuerzas, después de las vicisitudes de la pesada marcha, que duró seis meses, aparece en una inscripción que Aníbal mandó colocar en el templo de Hera Lakinia, en Italia, según relato de Polibio:

El cuerpo de tropa que le había quedado se reducía a 12.000 infantes libios, 8.000 íberos y 6.000 caballos, como él mismo testifica en una columna hallada en el lakinion, describiendo el número de sus gentes.

Tito Livio, historiador romano que vivió en los años del cambio de Era, apoyándose en escritores anteriores, como Polibio, relata esta guerra y las correrías de los honderos baleares.

En la batalla de Trebia, en el 218, relata cómo los romanos son provocados intencionadamente, al inicio de la batalla, por la caballería ligera de los cartagineses, que les hace salir de sus campamentos precipitadamente, sin suficiente protección contra el frío invernal y sin haber tomado alimento alguno. Los arrastran, huyendo, hasta el campamento de los cartagineses:

Mientras tanto los hombres de Aníbal encendían hogueras delante de las tiendas y hacían circular por los manípulos aceite para suavizar las articulaciones, y se alimentaban con calma. Tan pronto como se anunció que el enemigo había cruzado el río, bien dispuestos anímica y físicamente, cogieron las armas y salieron al campo de batalla. Los baleares y las tropas ligeras fueron colocados delante de los estandartes; alcanzaban el número de 8.000; detrás de ellos, la infantería pesada, el pilar y esqueleto del ejército; en las alas Aníbal distribuyó 10.000 jinetes repartidos a ambos lados, y más hacia los extremos situó a los elefantes.

.....
Ellos eran 18.000 romanos, 20.000 aliados latinos, y una fuerza auxiliar de celtomanos, la única tribu gala que había permanecido fiel. Con estos efectivos se produjo el choque.

Los baleares y la infantería ligera empezaron la batalla, pero al ser enfrentados con gran fuerza por las legiones pesadas se replegaron rápidamente hacia las alas, una evolución que enseguida puso a la caballería romana en dificultades, pues los 4.000 combatientes cansados hubieran sido incapaces de ofrecer una resistencia efectiva a los 10.000 que estaban frescos y vigorosos, y para colmo se vieron cubiertos por lo que parecía ser una nube de proyectiles lanzados por los baleares. Más aún, los elefantes, que surgieron de los extremos de las alas, asustaron a los caballos, no sólo por su apariencia sino por su desacostumbrado olor, y crearon pánico por doquier. El combate de los de a pie estaba equilibrado, más en coraje que en fuerzas, que los cartagineses habían llevado intactas al combate después de reponerse físicamente poco antes; por el contrario, los romanos, en ayunas y agotados, tenían los miembros entumecidos de frío. Habrían resistido, no obstante, a base de coraje, de haber tenido que combatir sólo contra la infantería; pero los baleares, después de poner en fuga a la caballería, les disparaban por los flancos ...

En la batalla del lago Trasimeno, en el 217, cita Livio de nuevo a los baleares:

Él [Aníbal] había alcanzado una posición eminentemente adaptada para la táctica de emboscada, donde el lago se acerca bajo los montes de Cortona. Hay sólo un camino muy estrecho aquí, entre las montañas y el lago, como si se hubiese dejado a propósito sitio sólo para este fin; a continuación se abre una explanada ligeramente más espaciosa, donde arrancan las colinas. Sitúa el campamento allí, en terreno abierto, donde se quedaría él mismo con los africanos y los hispanos únicamente; a los baleares y demás tropas ligeras los llevó, dando un rodeo, a situarse detrás de los montes; la caballería la colocó a la entrada misma del estrechamiento del camino, debidamente oculta por unos montículos de manera que cuando los romanos hubieran entrado quedarían completamente encerrados por la caballería, el lago y las montañas. Flaminio llegó al lago después de la puesta de sol; al día siguiente, sin efectuar reconocimiento alguno, rebasó el estrecho paso cuando apenas había amanecido, y cuando

la columna comenzó a desplegarse en la planicie más ancha, solamente divisó al contingente de tropas enemigas que tenía enfrente; la emboscada que tenía a su espalda y sobre su cabeza le pasó desapercibida. El cartaginés, cuando tuvo al enemigo encerrado entre el lago y los montes y rodeado por sus tropas, tal como se había propuesto, dio la señal de ataque a todos al mismo tiempo...

Lo súbito de la acción cogió por sorpresa a los romanos, a lo cual contribuyó el hecho de que la niebla que había surgido del lago era más espesa en el llano que en los montes ...

Los romanos se dieron cuenta de que estaban rodeados por los gritos de guerra surgidos de todas partes antes de que se formasen debidamente las líneas y se pudieran aprestar a la batalla y desenvainar sus espadas ...

.....
Por fin, cuando decantado ya el resultado, el sol cobró fuerza y dissipando la niebla abrió el día, entonces, limpia ya la atmósfera, los montes y los llanos mostraron el desastre y el triste hundimiento del ejército romano.



Honderos baleares, según figuración de Angus McBride

Uno puede imaginarse fácilmente en esta escena a los baleares lanzando nubes de piedras desde las laderas de los montes sobre la desorientada masa de los romanos que, confundidos entre la niebla, verían caer sobre ellos el castigo sin poder protegerse ni localizar la posición de los atacantes.

Pero fue sin duda la más famosa de todas las batallas de esta guerra, y una de las más famosas de la antigüedad, la batalla de Canas, en el 216. En ella, aunque participan los honderos baleares como en todas, es sin embargo la actuación de la caballería y la infantería hispana la más destacada. Livio describe con detalle la preparación de las tropas para la batalla:

Pasado el río, incorporan también las tropas que habían tenido en el campamento menor y forman así el frente de batalla: en el ala derecha, la más cercana al río, sitúan a la caballería romana, y a continuación la infantería; el ala izquierda la ocupan desde el extremo los jinetes aliados, siguiendo hacia dentro los de infantería, estableciendo contacto en el centro con las legiones romanas; con los arqueros del resto de las tropas auxiliares ligeras se formó la primera línea. Los cónsules tomaron el mando de las alas: Terencio, el de la izquierda, y el de la derecha, Emilio; el centro del ataque lo dirigía Gémino Servilio.

Aníbal, al despuntar el día, después de enviar por delante a los baleares y demás tropas ligeras cruzó el río con las restantes y según iban pasando las iba situando en el frente de batalla: la caballería gala e hispana en el ala izquierda, cerca de la orilla, frente a la caballería romana; el ala derecha les fue asignada a los jinetes númidas; la parte central del frente lo ocupaba la infantería, con los africanos a los lados y

los galos e hispanos en el medio. A los africanos se les podía tomar por una formación romana debido a las armas que llevaban, tomadas también en el Trebia, pero sobre todo en el Trasimeno. Los galos y los hispanos tenían escudos casi de la misma forma, mientras que las espadas se diferenciaban en forma y tamaño: las de los galos, muy largas y sin punta; las de los hispanos manejables por lo cortas y con punta, pues estaban acostumbrados a atacar al enemigo clavando más que dando tajos. El aspecto de estos hombres era más temible que el del resto, debido a su corpulencia y apariencia: los galos iban desnudos de ombligo para arriba, los hispanos se hacían notar por sus túnicas de lino entretejidas de púrpura, resplandecientes de maravillosa blancura. La cifra del total de los efectivos de infantería que se formaron en línea de combate fue de 40.000, y 10.000 los de caballería. Los generales mandaban las alas, Asdrúbal la izquierda y Maharabal la derecha; el centro lo mandaba el propio Aníbal con su hermano Magón.

Dice Livio que una vez lanzado el grito de guerra se adelantan a la carrera las tropas ligeras; entre ellas irían los baleares, que inician la lucha. En este primer choque, Paulo, que compartía con Varrón el mando supremo del ejército romano, es herido de gravedad por una honda. Luego se produce el choque de las caballerías hispana y gala contra la romana, junto al río. El ala derecha del ejército romano fue finalmente desbaratada, y los íberos y galos, al galope por detrás de los ejércitos romanos,



Jinete romano según figuración de Richard Hook

acuden en ayuda de los jinetes númidas que pelean contra el ala izquierda, atacándola por detrás y aniquilándola. Entretanto, la infantería romana había roto el centro de las filas de los cartagineses que, habiendo adoptado una formación en semiluna saliente hacia el frente, propiciaron dicha rotura central y la penetración en cuña de los romanos por la brecha; pronto quedaron éstos encerrados por el resto de las filas cartaginesas, que se replegaron sobre ellos. Las caballerías hispana y gala, después de perseguir y aniquilar a la caballería aliada, se vuelven hacia el frente y atacan por la espalda a las legiones romanas, que quedan completamente rodeadas en tan reducido espacio y apenas pueden hacer uso de sus armas. Las legiones romanas fueron comprimidas y pasadas por la pica y la espada, teniendo lugar una matanza masiva sobre el sitio.

Las pérdidas en la batalla fueron de 1.500 íberos y africanos, mientras que de los galos cayeron 4.000. Sin embargo por parte de los romanos se dice que perecieron 45.500 soldados de a pie y 1.500 de a caballo.

Mientras tenían lugar todos estos acontecimientos en Italia, los romanos, que habían mandado con anterioridad tropas a Hispania con el objetivo de cortar los suministros a Aníbal, empiezan aquí la guerra. En efecto, en el 218, mientras Aníbal acababa de cruzar los Alpes y comenzaba sus operaciones en Italia, los hermanos Cneo y Publio Escipión desembarcan en Ampurias, colonia griega aliada de Roma. Tienen lugar los primeros enfrentamientos con los cartagineses que habían quedado en Hispania y las

primeras victorias de los romanos. Esto ya había sido previsto por Aníbal antes de su partida y por ello había dejado tropas, no solo en Hispania, sino en África y Cartago. Así lo cuenta Tito Livio:

A continuación, preocupándose al mismo tiempo de la ofensiva y la defensiva bélica, no fuera a ocurrir que mientras él se dirigía a Italia por tierra a través de Hispania y de la Galia, quedase Africa desguarnecida y con el flanco descubierto por la parte de Sicilia frente a los romanos, decidió asegurarla con una sólida guarnición. A cambio pidió a su vez un complemento de tropas procedentes de Africa, lanzadores de venablos sobre todo, con armamento ligero, con el fin de que los africanos en Hispania y los hispanos en Africa, que iban a ser mejores soldados tanto unos como otros lejos de su patria, prestaran servicio de armas como obligados con rehenes mutuos. Envio a Africa 13.850 soldados de infantería armados de caetra, 870 honderos baleares y 1.200 jinetes de múltiples nacionalidades entremezcladas...

Pensando que tampoco Hispania debía quedar descubierta,, se la asigna como campo de operaciones a su hermano Asdrúbal, hombre activo, y le da seguridad con refuerzos sobre todo africanos: 11.850 africanos de infantería, 300 ligures, 500 baleares.....Además, para proteger la costa,, se le asigna una flota compuesta por 50 quinquerremes, 2 cuatrirremes y 5 trirremes;



A pesar, sin embargo, de estos refuerzos en Hispania los Escipiones avanzan con resultados desiguales hacia el sur, hasta llegar al Guadalquivir. Pero en el 211 caen los dos Escipiones en una emboscada y el ejército romano tiene que retroceder de nuevo hasta los Pirineos. En el 210 se pone al mando del ejército romano en Hispania Publio Cornelio Escipión, que reorganiza el ejército y consigue apoyos de los jefes indígenas. En el 209 conquista Cartagena, la ciudad cartaginesa clave en Hispania, almacén de las tropas de Aníbal, punto de reclusión de todos los rehenes de la Península y centro de un gran distrito minero de plata. Libera a los rehenes, que eran personas de linaje, dispensándoles un trato amable y haciéndose acreedor de su amistad. Obtiene además un gran botín de guerra. Dice Tito Livio que:

Las páteras de oro llegaron a 276, casi todas de una libra de peso, 18.000 libras de plata trabajada o acuñada, vasos de plata en gran número ..., 40.000 modios de trigo, 270 de cebada; naves de carga asaltadas y capturadas en el puerto, sesenta y tres, algunas con su cargamento, trigo, armas, además de cobre, hierro, velas, esparto y otros materiales necesarios para armar una flota.

Con el apoyo de los hispanos, que incluso proponen proclamarle rey, Escipión prosigue la conquista de la Hispania cartaginesa. En el 208 intervienen de nuevo, según cita de Livio, los honderos baleares en la batalla de Bécula, cerca de Jaén, siendo derrotado el ejército cartaginés. Y vuelven a ser citados, al año siguiente, en la batalla de Ilipa.

En el otoño del 206 el segundo hermano de Aníbal, Magón, se dirigía a Baleares para reclutar tropas todavía. Llega con la flota a Ibiza, donde es recibido amistosamente al ser colonia cartaginesa, y allí recluta tropas y se aprovisiona de armas. Pero al llegar a Mallorca, la flota es recibida por tal granizada de piedras lanzadas por los honderos que tienen que abandonar el puerto. Se dirigen a Menorca y acampan en un lugar del largo puerto natural de Mahón, apoderándose de la ciudad.

La conquista romana de Hispania concluye en este año con la toma de la ciudad fenicia de Cádiz.

Sin embargo, la guerra contra los cartagineses en Hispania no se limitó a derrotar el poderío cartaginés. Los territorios conquistados no fueron devueltos a los reyes y jefes hispanos, quedando bajo la autoridad de Roma. Las poblaciones indígenas, que habían visto a los romanos como liberadores, se dieron cuenta de que simplemente estaban cambiando de amos. Hubo algunos intentos de resistencia, pero fue tarea imposible debido a la fragmentación de los pueblos hispanos y la falta de un proyecto político común. El pueblo de los ilergetas, que se extendía desde el Ebro a los Pirineos, al frente de sus caudillos Indíbil y Mandonio, había venido desarrollando un hábil juego político con romanos y cartagineses, adhiriéndose a unos u otros según las circunstancias. Fi-

nalmente pretendieron aglutinar a los pueblos vecinos del noreste peninsular y consiguieron reunir un importante ejército para enfrentarse a los romanos, pero fueron derrotados, pereciendo Indíbil en la batalla y hecho prisionero y ajusticiado Mandonio. Así pasó la Hispania, en adelante, bajo el dominio romano.



Denario de Osca (Huesca)



Páteras. Castellet de Banyoles. Tivisa (Tarragona)

Aníbal deja Italia por fin y vuelve a Cartago. Allí es derrotado por el ejército romano en la batalla de Zama, en el 202, teniendo que renunciar a todos sus territorios no africanos.

Los romanos habían dejado en España sus tropas para el control de los territorios conquistados, que se emplearon a fondo con frecuencia para sofocar cualquier intento de autonomía de las poblaciones conquistadas. Hispania se dividió en dos provincias, Ulterior y Citerior, controladas cada una por un Gobernador al mando de una legión. La Península fue objeto de un saqueo sistemático, bastando como ejemplo los ingresos en el tesoro romano obtenidos de la Citerior en el año 196: 34.000 libras de plata, otra cantidad suficiente para fabricar 73.000 monedas con la marca de la biga y otras 278.000 de la llamada plata oscense.

Todo esto generó frecuentes y violentas sublevaciones para sacudirse el yugo de Roma. Las más famosas fueron las guerras lusitanas, acaudilladas por Viriato, y las guerras celtibéricas, que acabarían con el sitio y destrucción de Numancia a manos de Escipión. Ambas fueron coetáneas.

La Lusitania se extendía por las tierras entre el Guadiana y Tajo, penetrando en cuña hasta Talavera. Las guerras lusitanas tienen lugar en todo el territorio peninsular, entre los años 155 y 136, especialmente en la Bética y en la Celtiberia, llevando a cabo Viriato una guerra de guerrillas que le proporcionaría continuos y brillantes triunfos sobre los romanos. Ante la dureza y lo interminable de la guerra los romanos sobornan a unos jefes lusitanos que asesinan a Viriato mientras duerme.

Numancia se había convertido en el foco de la resistencia celtibérica, por lo que fue puesta en sitio por los romanos. El cerco, que duraría veinte años, concluyó con la caída de la ciudad a manos de Escipión, en el 133, rendida por el hambre y ocupada ya sólo por escasos supervivientes.

En las excavaciones realizadas en Numancia han aparecido numerosos proyectiles de honda de cerámica, de forma semejante a los proyectiles de plomo. No hay constancia cierta de que fuera usado este tipo de proyectil por los celtíberos, por lo que muy bien podrían pertenecer a las tropas mercenarias africanas que luchaban del lado romano.



Escipión

En el año 123 tiene lugar la conquista de las Baleares por los romanos. El pretexto para la anexión de las islas fue que servían de refugio a piratas que obstaculizaban el comercio por el Mediterráneo occidental. Sin embargo, lo cierto es que Roma necesitaba tierras nuevas para repartir entre los veteranos que habían luchado en las guerras lusitanas y celtibéricas. Cecilio Metelo desembarcó con sus tropas y ocupó las islas. Aunque la defensa era imposible, los honderos baleares debieron actuar con valor, pues cuenta Estrabón :

Metelos, cuando navegando hacia las islas se acercó a ellas, mandó tender pieles sobre la cubierta de los navíos con el fin de defenderse de los tiros de honda.

Pero no acaba aquí la épica de los honderos baleares que en adelante, dominada la Hispania, pasarían a combatir para Roma.



El ejército romano no estaba totalmente desprovisto, sin embargo, de honderos propios, incluso desde la antigüedad, aunque su papel era secundario.

La estructura del ejército romano se apoyaba en el sistema político y económico. El sistema republicano romano no distinguía entre el poder político y el militar, siendo los comandantes de los ejércitos los propios magistrados políticos. No existía un ejército profesional, sino que todos los ciudadanos, con un mínimo nivel económico y entre ciertas edades, formaban parte del ejército. Sólo los menos pudientes estaban libres del servicio de armas, puesto que se pensaba que no tenían la suficiente motivación para defender los intereses de Roma ni los suyos propios. Además, uno de los deberes de los ciudadanos era costearse su propio armamento, por lo que el servicio de armas y el papel de cada uno dentro de él eran un motivo de estatus que se asumía con orgullo ciudadano. Este sistema de reclutamiento procuraba al ejército un enorme potencial humano y la peculiaridad de ver participar en la guerra a grandes hombres de la política o de las letras, como veíamos hacer también a los griegos Demóstenes, Platón o Jenofonte.

La estructuración del ejército tenía lugar mediante la clasificación de los ciudadanos en cinco clases, sistema introducido por Servius en el siglo VI:

A la 1ª clase pertenecían aquellos ciudadanos con propiedades de valor superior o igual a 100.000 libras de cobre. La indumentaria que estaban obligados a llevar se componía de casco, escudo redondo, grebas (espinilleras) y cota de malla; todo ello de bronce. Como armas debían llevar lanza y espada.

La 2ª clase estaba formada por aquellos cuyos bienes se valoraban entre 100.000 y 75.000 libras de cobre y su panoplia guerrera era semejante a la anterior, salvo que el escudo era el oblongo de madera y no llevaban cota de malla.



Legionario imperial romano. Reconstrucción según Columna Trajana

Los bienes de la 3ª clase podían bajar hasta las 25.000 libras, y sólo debían llevar lanza y jabalina.

La 5ª clase comprendía a los que disponían entre las 25.000 y 11.000 libras y sólo debían ir armados con hondas.

Más tarde esta cifra mínima para tener el privilegio y el deber de formar parte del ejército se bajaría, debido quizás a las grandes pérdidas humanas habidas en las guerras púnicas.

A pesar de estar incluidos en una clase específica dentro de los cuadros militares, el papel de los honderos en el antiguo ejército fue secundario. Sólo a partir de la 2ª guerra púnica se darían cuenta los romanos de la importancia de tener cuerpos de honderos profesionales, como los baleares de Aníbal.

El ejército romano se estructuraba en torno a la Legión, de manera similar a como lo hacía el griego en torno a la Falange. La legión estaba formada por unos 5.000 hombres divididos en centurias de un promedio de 80 soldados. Posteriormente la legión se dividió en unidades tácticas intermedias, llamadas manípulos, que le dieron mayor flexibilidad. Cada manípulo estaba formado por dos centurias y la tropa se distribuía en tres líneas con armamento diferente. Por no entrar ahora en excesivo detalle sobre los diferentes tipos de soldados y armamento, baste señalar de manera general las armas más importantes usadas por los romanos. Así como el arma clave de la falange griega fue la lanza larga, la espada fue el arma clave de la lucha cuerpo a cuerpo de los romanos, seguida de la lanza arrojadiza, el famoso "pilum". El pilum se lanzaba instantes ante del choque cuerpo a cuerpo, ya que dado su peso y potencia de impacto tenía un alcance limitado. Lanzaban dos oleadas de pilum consecutivas y, aprovechando el desconcierto provocado en las filas enemigas, entraban enseguida con la espada, cuerpo a cuerpo. Había varias clases de pilum, de diferentes pesos, siendo su característica el disponer de un largo rejón de hierro y un amplio tope de madera en el hasta, para el empuje con la mano. El rejón de hierro perforaba escudos y tenía la propiedad de doblarse en el impacto, imposibilitando su uso por el enemigo, a la par que quedaba trabado al escudo, que tenía que abandonarse.

En cuanto a la espada, los romanos adoptaron una espada hispana, con pequeñas variaciones, que llamaron "gladius hispaniensis" y que se convirtió en el arma estándar de cualquier soldado. Era un arma de corte y punta tremendamente eficaz, que ha sido descrita como la más mortífera de todos los ejércitos antiguos, siendo la responsable de más muertes que cualquiera otra arma de la historia hasta la invención del cañón.

Tito Livio, hablando de las guerras macedónicas del año 200 a. de C., en las que los romanos habían adoptado ya la espada hispana y aterraban a los macedonios con ella, hace esta descripción de su mortífero poder:

Los macedonios, hechos a pelear con griegos e ilirios, no habían visto hasta entonces más que heridas de picas y flechas, y raramente lanzas. Mas cuando vieron los cuerpos despedazados por la espada hispánica, brazos desprendidos de los hombros, cabezas seccionadas por la cerviz o cercenadas del tronco, vísceras al aire y toda suerte de horripilantes heridas, aterrados se preguntaban contra qué armas y contra qué hombres habrían de luchar (2).



Espada hispánica.
Illora. Almedinilla

La adopción de una espada hispana como arma estándar de los ejércitos romanos pone de manifiesto, como se expuso anteriormente, la extraordinaria calidad de las forjas hispanas, herederas de la tradición céltica.

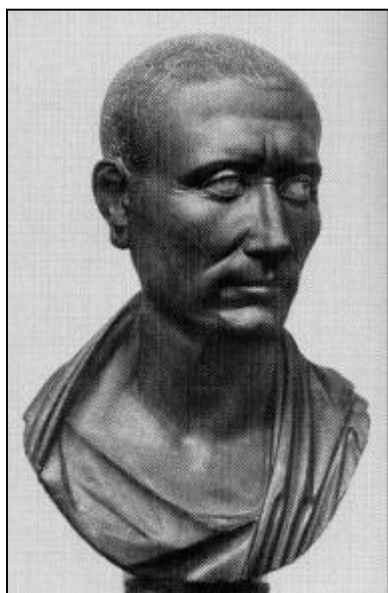
Hay otra cita de Polibio al respecto, que resulta interesante por haber estado éste en España, al lado de Escipión, en la toma de Numancia. Conocía por ello personalmente el armamento hispano:

Los celtíberos se diferencian mucho de los otros pueblos por el modo de fabricar sus espadas. Tienen éstas una punta eficaz y un golpe fuerte por ambos filos. Los romanos, durante la guerra de Anibal, dejaron las espadas que usaban de tiempo atrás y adoptaron las de los íberos. También imitaron el procedimiento de su fabricación, pero no pudieron imitar ni la excelencia del hierro ni el esmero en los demás detalles (3).

Cada legión disponía también de una pequeña tropa de caballería. Además participaban en la guerra contingentes de tropas aliadas, que formaban las alas del ejército, siendo tan importantes en número como las propias legiones.

Con este ejército no profesional, de ciudadanos pudientes, extiende Roma sus conquistas por el orbe antiguo. Como resultado, el enriquecimiento de ciudadanos militares, que extienden sus propiedades y latifundios arrinconando en el proletariado a los pequeños propietarios, los cuales no podrán acceder en adelante al servicio de armas. Con ello entra en crisis la organización del ejército, dando paso, a finales del siglo II, al rompimiento del esquema de reclutamiento, que en adelante será profesional, asalariado de alguna manera, y del que formará parte cualquier proletario con ánimo de enriquecerse en base a las promesas de sus generales. También formarán parte del ejército soldados de las naciones conquistadas, de las provincias del Imperio, que se llamarán tropas auxiliares; entre ellas figurarán, evidentemente, contingentes hispanos.

Esto dará paso al surgimiento del poder militar y la utilización del ejército al servicio de los fines personales de los generales, lo que traerá consigo toda una serie de guerras civiles motivadas por la avidez de poder.



César

Allá por la mitad del siglo I empieza a destacar un general que obtiene brillantes victorias en las Galias: Julio César. Escritor y orador desde su juventud, también fue experto en matemáticas y astronomía. Estaba dotado de excelentes dotes naturales y una gran cultura. Su figura no tendría parangón, y su valor como historiador y genial militar sólo sería superado por su mérito como político.

Sometió las extensas tierras de las Galias entre los años 58 al 51, que, como él mismo dice en sus *Comentarios*, estaban formadas por tres partes: las ocupadas por los belgas, los aquitanos y los celtas o galos (4). Los belgas eran los más valerosos, pues estaban en continua lucha con sus vecinos los germanos.

Por aquel entonces tenía César sus cuarteles de invierno en la Galia Cisalpina. Durante esta estación no

se luchaba y las legiones permanecían acuarteladas. Le llegan noticias de que los belgas se han conjurado contra los romanos, incómodos con la presencia de las legiones y temiendo ser atacados.

César va contra ellos. Un pueblo belga, los remos, próximos a la Galia romana, se ponen de su parte. Una de sus ciudades, Bibracte, es asediada por los belgas. Así cuenta el propio César el episodio:

Los belgas, en batir las murallas, usan el mismo arte que los galos: cercanlas por todas partes de gente, y empiezan a tirarles piedras hasta que no queda defensor en los muros; entonces, cubriendo con los escudos, se van acercando a las puertas y abren la brecha, lo que a la sazón era bien fácil, por ser tantos los que arrojaban piedras y dardos, que no dejaban parar a hombre sobre el muro.

Los que tiraban piedras eran evidentemente los honderos, siendo esta la táctica habitual empleada en los asedios por todos los ejércitos que usaban honderos.

Afortunadamente para los de Bibracte llegó la noche y tuvo que cesar el combate:

César, luego de la media noche, destaca en ayuda de los sitiados una partida de flecheros númidas y cretenses y de honderos baleares.

Es posiblemente sólo en esta ocasión donde César cita explícitamente la nacionalidad de los honderos. En su ejército pelearán siempre los honderos, pero no se cita su origen. Lo que sí se muestra con claridad es el empleo general de honderos en todas las tierras de la Galia.

Con la llegada de los refuerzos para los sitiados, los belgas desisten de continuar el asedio de la plaza y marchan con su ejército contra César, que estaba cercano al lugar. Acampan a dos millas de él. Entre ambos ejércitos había una laguna. Cada bando espera que sea el otro el que la cruce para atacar cuando el enemigo esté atrapado en el fango. Ambos se limitan a hacer escaramuzas con la caballería. Los belgas, al fin, deciden dar un rodeo para atacar el campamento de César, que estaba separado por un puente del resto de su ejército. Piensan cruzar el río por un vado conocido para destruir el puente, dejando aislado a César del grueso de sus fuerzas.

César, avisado de esto por Titurio, pasa el puente con toda la caballería y la tropa ligera de númidas con los flecheros y con los honderos, y va contra ellos. Los nuestros-[dice César]- acometiendo a los enemigos metidos en el río, mataron a muchos, y a fuerza de proyectiles rechazaron a los demás, que con grandísimo arrojo pretendían abrirse paso por encima de los cadáveres.

Emplea aquí César, sin ningún tipo de vacilación al respecto, únicamente a los honderos y arqueros junto a la caballería, prescindiendo del resto de las tropas, para contener al enemigo. Serán los primeros los que impidan el paso del río, luchando a distancia y causando grandes bajas a los belgas.

En otro pasaje de la guerra relata los enfrentamientos con el caudillo Ambiórrix, donde hay algunos episodios a mencionar:

En esto, con un venablo atravesaron de parte a parte ambos muslos de Tito Balvencio, varón esforzado y de gran cuenta, que desde el año antecedente mandaba la primera centuria. Quinto Luciano, centurión del mismo grado, combatiendo valientemente, por ir a socorrer a su hijo, rodeado de enemigos, cae muerto. El legado Lucio Cota, mientras va corriendo las líneas y exhortando a los soldados, recibe en la cara una pedrada de honda.

Vence en este enfrentamiento Ambiórix, que animado incita a diversos pueblos, como los nervios, a la lucha. Se dirigen contra la legión acuartelada de Cicerón. Éste, por la noche, manda levantar con premura 120 torres de madera y fortifica el resto del campamento. Ambiórix pone cerco al mismo:

Al séptimo día del cerco, soplando un viento recio, empezaron a tirar con hondas bolas de arcilla incandescente y dardos encendidos a las barracas, que al uso de la Galia, eran pajizas. Prendió al momento en ellas el fuego, que con la violencia del viento se extendió por todos los reales.

No está claro si el proyectil incendiario empleado por los de Ambiórix era simplemente arcilla incandescente o si César se refiere a bolas de arcilla que, dotadas de un agujero, permitían sujetar una mecha encendida.

En otro episodio de la guerra relata los enfrentamientos en la ciudad de Alesia con el famoso caudillo Vercingetórix, que estaba en el interior de la misma, sometida a cerco por César. Habían llegado refuerzos de los galos y estaban acampados en la proximidad:

Un día estuvieron los galos sin pelear, gastándolo todo en aparejar gran número de zarzos, escalas, ganchos; con los que saliendo a media noche silenciosamente de los reales, se fueron arrimando a la línea de circunvalación, y de repente, alzando un gran griterío que sirviese a los sitiados por seña de acometida, empezaron a tirar zarzos, y con hondas, saetas y piedras a derribar las barreras a los nuestros y aprestar los demás instrumentos para el asalto. Al mismo punto, Vercingetórix, oído el griterío, toca a rebato, y saca a su gente de Alesia. De los nuestros cada cual corre al puesto que de antemano le estaba señalado en las trincheras, donde con hondas que arrojaban grandes piedras, con espontones puestos a mano y con balas de plomo, arredraban al enemigo. Los golpes dados y recibidos eran a ciegas por la oscuridad de la noche

Aquí los honderos de César parecen emplear dos tipos de proyectiles, los famosos glandes de plomo y piedras grandes, como las que disparaban los baleares.

Por aquellos tiempos, otro general famoso por sus muchos éxitos militares era Pompeyo. Entre otros triunfos había sofocado la famosa rebelión de los gladiadores, encabezada por Espartaco, acabado con la piratería del Mediterráneo, etc. Ambos militares, junto con Craso, compartían el poder en Roma, formando lo que se llamó Primer Triunvirato. Craso muere en el año 53 y el Senado romano, inclinado hacia Pompeyo y recelando del poder que había adquirido César con su ejército de



Pompeyo

las Galias, le exige que abandone el mando militar y en consecuencia que quede al margen de la política. César marcha con su ejército contra Roma, deteniéndose en el río Rubicón, frontera entre la Galia e Italia, a la que tenía prohibido el paso. Cruza el Rubicón con sus tropas y pronuncia la famosa frase "¡Alea jacta est!" (¡La suerte está echada!), dando comienzo a la Guerra Civil, a la que seguirán las guerras en Alejandría, Asia, Africa y España. Guerras que enfrentarán a los ejércitos de Pompeyo y César entre los años 49 y 30.

Durante la Guerra Civil, narrada también por César, se hace frecuente mención a los honderos de Pompeyo. En el enfrentamiento en Brindisi, las fuerzas de Pompeyo eran de nueve legiones romanas más dos de Siria al mando de Escipión; arqueros de Creta, Lacedemonia, Ponto y Siria; dos cohortes de 600 honderos cada una y 7.000 jinetes.

En Dirraquio, Pompeyo extiende una amplia línea defensiva con posiciones fortificadas, obligando a César a tender un amplio cerco a su vez. Cuando César intenta tomar alguna posición fortificada, Pompeyo, sin plantar lucha abierta, envía honderos y arqueros:

..... de los que dispone en abundancia; y muchos de los nuestros eran así heridos y había surgido un gran pánico en los arqueros y en casi todos los soldados, y de lanas, centones o de pieles, se habían confeccionado unas túnicas o abrigos, para evitar con ellas los proyectiles.

Sin embargo, los honderos de Pompeyo serán eliminados tristemente en la batalla de Farsalia. La caballería de César no lograba resistir el ataque de la de Pompeyo:

Y cuando César se dio cuenta de esto, dio la señal convenida a la cuarta línea, que él había formado con seis cohortes. Ellos se lanzaron rápidamente hacia delante y efectuaron en columna de ataque una carga tan rigurosa contra los jinetes de Pompeyo, que ninguno de ellos resistió y todos, volviendo grupas, no sólo cedieron terreno, sino que se pusieron a huir precipitadamente para ganar las alturas de los montes. Después de su derrota, todos los arqueros y honderos, dejados sin protección, fueron muertos.

Aquí se aprecia con claridad el hecho de que arqueros y honderos, si bien son muy eficaces en determinadas acciones, no pueden hacer frente a la infantería, bien protegida con sus escudos, que acaba aniquilándolos en el cuerpo a cuerpo, como manifestaba el persa Darío al menospreciar a los honderos.

En la "Guerra de Africa", libro anónimo ligado a la obra de César, se narran unos curiosos episodios en relación a los elefantes enfrentados a los honderos. Uno de ellos es el de Escipión entrenando a los elefantes:

Escipión, mientras tanto, decidió entrenar a los elefantes de este modo; dispuso dos líneas de combate: una de honderos contra los elefantes, que ocuparan un lugar simulado de enemigos y arrojaran pequeñas piedras contra la frente de los mismos al venir hacia ellos; luego alineó a los elefantes; detrás de ellos colocó la línea de los su-

yos para que, habiendo empezado a ser arrojadas las piedras por el enemigo, y los elefantes, aterrorizados, se hubiesen vuelto hacia los suyos, se volviesen de nuevo contra el enemigo, después de ser arrojadas las piedras por su ejército; todo lo cual se efectuaba penosamente y a base de tiempo, pues los elefantes eran inexpertos, apenas iniciados en esa costumbre antigua, representando, al contrario, un peligro común para ambos ejércitos.

Escipión luchaba en el ejército pompeyano. Entre tanto César recibía refuerzos de Alieno:

Mientras, el cónsul Alieno, desde Lilíbea, embarca en unas naves de transporte las legiones 13 y 14 y 800 jinetes galos y 1000 honderos y arqueros.



Galeras romanas. Fresco de Pompeya

Tiene lugar el enfrentamiento entre César y Escipión. César ataca su campamento:

Y después César, que de ninguna manera podía resistirse a los ánimos excitados de sus soldados, dada la contraseña de "suerte", decidió dirigirse contra el enemigo atacando a sus jefes. Mientras tanto, desde el ala derecha, los honderos y arqueros arrojan una lluvia de tiros fortísimos contra los elefantes. Hecho esto, las bestias, aterrorizadas por el zumbido de las hondas y las piedras, dieron la vuelta y machacaban a los suyos que iban tras ellas en gran número y amontonados y se dirigieron a derribar violentamente las puertas por terminar de las defensas...

[Después de todo, no le valió de nada a Escipión el entrenamiento de sus elefantes].

César es el gran vencedor y se alza con el poder en calidad de dictador vitalicio, empezando sus grandes reformas sociales y proyectos, que no puede terminar al ser asesinado por sus adversarios políticos en el año 44. Le suceden dos de sus generales, Marco Antonio y Marco E. Lépido, a los que se une el hijo adoptivo de César, Octavio. Forman el Segundo Triunvirato, que acabará entrando en conflicto político. Es derrotado Marco Antonio, que muere en Egipto junto a Cleopatra en el año 30. Desde entonces gobierna en solitario Octavio, emprendiendo un vasto programa de reformas militares y civiles. Convierte las estructuras de la República, acumulando en su persona todos los poderes y consiguiendo que el Senado le otorgue todos los títulos : Augusto, Emperador, Pontífice Máximo, Tribuno vitalicio, etc. El Imperio romano, el Imperio de Augusto, gozará hasta su muerte, en el 14 d. de C., de un espléndido periodo de paz y prosperidad, la "pax Augusta", en el que florecen las artes y las letras. Es la Edad de Oro romana. En adelante, los emperadores romanos añadirían a su propio nombre los títulos de

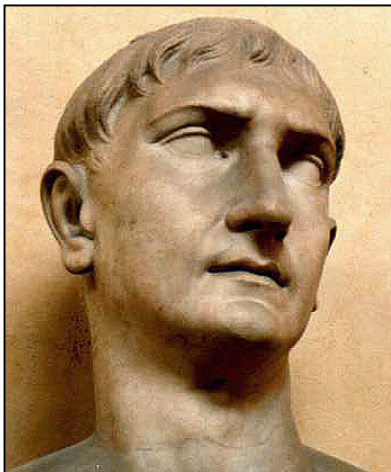
César y Augusto. Durante la pax Augusta las provincias del Imperio, entre ellas Hispania, se romanizan aceleradamente; se construyen ciudades y se impone el modelo de vida y la cultura romana.

En el año 43 Claudio es coronado Emperador y decide fortalecer su posición reavivando el sueño de la expansión del imperio hacia las islas británicas, que había iniciado César (5) con escaso éxito en el año 55 a. de C. Las tribus célticas que ocupaban las islas británicas se habían expandido desde Europa central y mantenían frecuentes contactos entre ellas, habiendo participado incluso en la guerra de las Galias contra los romanos. Las islas estaban salpicadas de numerosos poblados independientes entre sí, sin formar ningún tipo de unidad política, estando unidos exclusivamente por una cultura común. Las guerras entre tribus eran frecuentes debido a las disputas por los recursos, el ganado, etc.

Uno de los hechos sobresalientes de la conquista romana, fue la toma de Maiden Castle, en Dorset, una de las numerosas fortalezas (hillforts) edificadas sobre las típicas y suaves colinas inglesas. La segunda Legión Augusta, al mando de Vespasiano, derrotó a la población céltica británica, que con sus armas primitivas no pudieron estar a la altura de la técnica militar romana. Al igual que los celtas de las Galias, los británicos hicieron abundante uso de la honda en la defensa de su fortaleza. Las sucesivas excavaciones llevadas a cabo en el área del asentamiento, han registrado hasta un total de 54.000 proyectiles de honda, cantos rodados marinos traídos expresamente desde la cercana playa de Chesil.

Grandes acopios de proyectiles similares se han encontrado en otras fortalezas, por lo que cabe considerar un uso generalizado de la honda por los celtas británicos.

Inglaterra quedaría asociada al mundo y a la cultura romana, al igual que los diferentes países y ciudades del Imperio. Las tribus de Escocia, aunque derrotadas en algunas batallas, mantendría su independencia de los romanos, que construyeron una muralla de separación de costa a costa, a la altura del río Tyne: el muro de Adriano. Sólo Irlanda quedaría completamente al margen de la romanización, manteniendo su cultura y tradiciones célticas hasta el siglo V, en el que la llegada del catolicismo incorporaría a los celtas irlandeses en el mundo cristiano.



Trajano

Una de las ciudades de la Hispania romana era Itálica, al lado de la actual Sevilla, que había sido fundada en la época de las guerras púnicas para acoger a los veteranos romanos de aquellas guerras. En ella nace Trajano, hijo de un brillante militar a las órdenes del cual comienza su espectacular carrera que le llevaría a ser Emperador.

Era la primera vez que un hombre de las provincias se sentaba en el trono del Imperio. Fue un hábil diplomático, amante de la justicia y la virtud, un valeroso militar y uno de los estrategas más brillantes de Roma. Tantas virtudes sólo eran comparables a su sencillez, diciéndose de él que entraba en casa de los romanos sin guardia personal; tal era el respeto que le profesaban sus conciudadanos. Su imagen ha quedado como la del gobernante humanista, influido por los principios estoicos.

Como militar, reemprendió la tradicional política romana de expansión y bajo su mandato el Imperio alcanzó su máxima extensión.

Sus más famosas campañas fueron las de conquista de la Dacia, al norte del Danubio. Los dacios venían presentando problemas a Roma, desde el reinado de Augusto, con frecuentes incursiones en territorio romano. Trajano emprende la conquista entre los años 101 y 106 d. de C. con un inmenso ejército de 400.000 hombres, derrotando espectacularmente al intrépido rey dacio Decebalus, que es forzado al suicidio. La Dacia se convierte en una provincia del Imperio, aportando durante muchos años la inmensa riqueza de sus minas de oro y plata.



Columna Trajana



Para conmemorar el triunfo manda construir una monumental columna de 30 metros de altura -la Columna Trajana- donde se esculpen en espiral las distintas escenas guerreras de la campaña. Y entre ellas hay algunas donde aparecen los honderos, los "funditores" del ejército imperial romano, atestiguando su existencia.

Se les ve con las tropas ligeras, las *velites*, fuera del campamento y rechazando un ataque bárbaro. Su vestimenta incluye el "sagum", una capa de abrigo tejida en lana y originaria de Hispania. En un pliegue del sagum llevan recogida una provisión de piedras; utilizan un escudo oval y espada corta.

*Columna Trajana.
Detalle de hondero (6)*

En otra escena de la columna son ahora los romanos los que asaltan una ciudad fortificada bárbara, y en ella aparecen de nuevo los honderos, de la misma guisa, aunque esta vez sin escudo. Llama la atención en ambas escenas la corta longitud de la honda, que en la segunda, además, está compuesta por una simple tira, de cuero posiblemente, sobre la que se mantiene en equilibrio una gruesa piedra.



Columna Trajana. Detalle de hondero (7)

Es curioso resaltar que detrás de los honderos aparecen en la columna los lanzadores de piedras a mano, costumbre que también pervivió desde la antigüedad.

Vegecio, un tratadista militar romano que vivió alrededor del año 400 d. de C., escribió un libro titulado *Epitoma Rei Militari*, en el que hace un compendio del arte militar romano a través de los tiempos. Libro sumamente interesante, pero algo complicado de interpretar por esa mezcla de tiempos en los que hace sus descripciones, así como por no ser él un hombre de letras. Recoge información de otros tratadistas y escritores anteriores y nos lega el libro más interesante y consultado sobre el arte de la guerra romana. Es difícil resistirse a la tentación de incluir aquí algunas de sus descripciones, por más que no sean todas ellas referentes estrictamente al uso de la honda.

Dice que el ejército toma su nombre del hecho de "ejercitarse" en el uso de las armas y en la disciplina militar, y que precisamente por ello es que los romanos vencieron a todos los pueblos:

En efecto, vemos que el Pueblo Romano subyugó al mundo entero no de otra manera sino con el ejercicio de las armas, la disciplina castrense y la práctica del servicio militar. Pues ¿cómo si no, unos pocos romanos hubieran podido vencer a la muchedumbre de los galos? ¿Cómo hubiera podido atreverse nuestra pequeña estatura contra la corpulencia de los germanos? Está a la vista, sin ninguna duda, que los hispanos aventajaron a los nuestros no sólo en número sino también en fuerza física y nadie ha dudado que las artes y la sabiduría de los griegos nos superan. Pero frente a todo esto, resultó más útil escoger adecuadamente al recluta, enseñarle las leyes de las armas, robustecerle con el ejercicio diario, enseñarle de antemano todo lo que puede acontecer en la formación y en los combates y en las maniobras en el campo, y castigar duramente a los perezosos. Pues el conocimiento del arte militar fomenta el valor de combatir: nadie teme hacer lo que cree que ha aprendido bien.

Luego describe el entrenamiento con las diferentes armas. Dice esto en relación a ejercitarse en el uso de las hondas:

Ciertamente se está de acuerdo en que los jóvenes deben ser entrenados concienzudamente en lanzar piedras a mano o con honda.

.....
Porque las piedras redondeadas lanzadas con honda o con fustíbalo [honda de fuste] son más efectivas que las flechas certeras contra los guerreros protegidos con sus escudos, armaduras y corazas; ellas producen heridas graves a miembros enteros y pueden matar de un golpe a un enemigo sin el horror de la sangre. Como todo el mundo sabe, los honderos sirvieron como soldados en todas las batallas de la antigüedad. Así pues, todos los reclutas deben aprender esta práctica por medio del entrenamiento constante, porque no requiere ningún esfuerzo llevar una honda y a veces sucede que una batalla tiene lugar en terrenos pedregosos, cuando hay que defender una colina, o cuando hay que machacar a los bárbaros que intentan asaltar un fuerte o una ciudad.

Al describir los tipos de tropas que se utilizaban, dice que la infantería estaba dividida en dos partes: las legiones, que estaban formadas por cohortes de soldados romanos y combatían con un espíritu único y gran disciplina, y las tropas auxiliares, que eran enviadas por los pueblos aliados y confederados. Estas últimas eran dispares, tanto en la instrucción y armamento como en el espíritu, y su coordinación bajo un mando único era más problemática, por lo que eran más un refuerzo de las legiones que una fuerza principal.

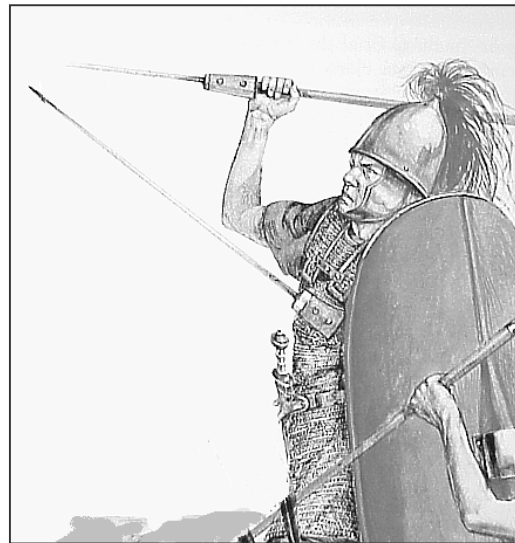
Dice que en las legiones solían militar unos 6.000 hombres y que en la antigüedad no se llevaban a la guerra, en general, más que dos legiones y las tropas auxiliares. Tal era el grado de confianza en su preparación y efectividad que se consideraban suficientes dos legiones, con independencia del número de las tropas enemigas.

A los legionarios se les tomaba juramento de fidelidad al Imperio, se les inscribía y se les ponía una marca en la piel de por vida. En sus escudos iban pintadas diferentes figuras según la cohorte a la que pertenecían, con objeto de que pudieran reconocerse y que no se dispersasen en el combate. En el interior del escudo llevaban inscrito el nombre del soldado, cohorte y legión del mismo.

Dice que en una legión debe haber diez cohortes: la primera, de 1.150 infantes seleccionados y de prestigio, es la "cohorte miliaria", que lleva el águila y las insignias romanas. Las restantes cohortes tienen 555 infantes cada una, componiendo 6.100 soldados de infantería. También había en total unos 730 jinetes distribuidos entre las cohortes.

Luego describe el orden de batalla de la legión: la caballería se coloca a los lados, en las alas. La primera línea de combate está formada por los "príncipes", dotados de casco, cota de malla, grebas, escudo y espada; cinco dardos lastrados con plomo o "plumbatas" sujetas al escudo y dos lanzas arrojadizas o "pilum"; uno de los pilum, el mayor, tiene un hierro con punta triangular, de nueve onzas de peso y un mango de cinco pies y medio; el otro, más pequeño, tiene un hierro de cinco onzas y un mango de tres pies y medio.

La segunda línea está formada por los "hastados", que iban armados de manera similar.



Príncipe. Figuración de Richard Brook



Triario. Figuración de Richard Brook

Detrás iba la infantería ligera, armada de diversas formas, con escudo, espada, y toda clase de armas arrojadizas ligeras; había arqueros, honderos, etc.

Finalmente, la última línea estaba formada por los "triarios", infantería pesada dotada de casco, cota de malla, escudo, espada, daga, lanza y jabalina. Era una línea de reserva, que permanecía rodilla en tierra, de refresco, por si las primeras líneas eran vencidas y tenían que reanudar la lucha, capaces todavía de obtener ellos solos la victoria.

Resulta algo confuso Vegetius en la asignación del armamento, pues pretendien-

do describir la legión antigua parece mezclar armas más modernas, como la "plumbata" que era una especie de dardo o flecha con una bola de plomo hacia su mitad, que se arrojaba con la mano a bastante distancia. La plumbata posiblemente es una arma tardía, que empieza a tener importancia al decaer el uso del pilum. Esta posible confusión es sin embargo advertida por Vegetius previamente, que se excusa diciendo que no debe imputársele a él la culpa, sino a la dificultad y oscuridad del tema en sí.

Finalmente describe cómo actúa la legión en el combate: la primera y segunda línea permanecen inmóviles; los triarios, última fila, aguardan descansando; la tercera fila, la infantería ligera, se adelanta a la formación provocando al enemigo. Si consiguen amedrentarlo y hacerlo huir, lo persiguen castigándolo. Pero si el enemigo aguanta y les hace frente, se repliegan detrás de las líneas. Entonces entra en acción la infantería pesada lanzando sus pilum y luchando con la espada cuerpo a cuerpo, pero permaneciendo en formación, sólidos y sin dispersarse, como un muro de hierro. Si el enemigo huye, no le persiguen para no deshacer las formaciones, sino que esa tarea es encomendada de nuevo a la infantería ligera, a los honderos y arqueros, y a la caballería.

En otro lugar habla del entrenamiento de honderos y arqueros:

Los arqueros y honderos ponían como dianas gavillas, es decir, haces de ramas o de paja, de modo que estuvieran a una distancia de 600 pies, con el fin de alcanzar lo más frecuentemente posible el objetivo con las flechas y las piedras lanzadas con el fustíbalo. Y así hacían sin vacilación en el combate lo que siempre habían hecho a modo de juego en el campo. También se ha de acostumar al hondero a girar tan sólo una vez alrededor de la cabeza la honda, cuando se lanza con ella una piedra.

Aporta aquí Vegetio un interesante dato, que es el de alcance eficaz de la honda en la lucha; éste andaría en torno a los 180 o 200 metros, habida cuenta de que el alcance de la honda era superior al del arco y el fustíbalo. También es interesante la simplificación que aconseja del volteo, reduciéndolo a un solo giro en torno a la cabeza. Sigue siendo aquí algo dudoso el testimonio de Vegetius, pues el volteo de un solo giro es útil y sencillo de ejecutar, no alrededor de la cabeza, sino al lado del cuerpo, en un plano vertical y lanzando el proyectil de abajo arriba. Es esa posición la que se intuye en los relieves de la columna Trajana, donde se ve a los honderos propulsando la honda desde atrás. Esta posición lateral de volteo, unida a la corta longitud de las hondas representadas, haría el arma más útil en situaciones que requirieran un uso en formación mas apretada que las típicas escaramuzas en campo abierto.

Otros comentarios del autor sobre la honda se refieren a su construcción, diciendo que se hacían de lino o de cerda, siendo estas últimas las mejores.

Dice también que en el combate naval, además de las armas específicas, se usan todo tipo de proyectiles, flechas, hondas, fustíbalos, bolas de plomo, piedras, etc. Y considera a los honderos como la mejor tropa para enfrentar a los elefantes, como en efecto ya se vio en la guerra de África contra los elefantes de Escipión.

De la eficacia de las hondas y del poder de penetración de sus proyectiles dan fe las instrucciones y utensilios empleados por la cirugía romana para su extracción de los cuerpos de los heridos. El médico romano Celsus, en su obra *De Medicina*, dice así:

Hay una tercera clase de proyectiles que a veces tienen que ser extraídos, como las balas de plomo o los guijarros, o cosas similares, que penetran la piel y quedan alojados. En tales casos la herida debe ser abierta libremente y extraído el objeto con forceps, por el mismo camino que entró. Pero alguna dificultad se añade en el caso de una herida en que el proyectil se ha incrustado en hueso o en una articulación. Cuando es en hueso, el proyectil debe moverse hasta una posición en que la punta pueda agarrarse, bien con la mano o con forceps. Es el mismo procedimiento usado en la extracción de dientes. De esta manera el proyectil sale casi siempre, pero si se resiste, puede ser desalojado golpeándolo con algún instrumento. El último recurso, cuando no puede ser extraído, es perforar el hueso con un trépano, cerca del proyectil, y desde este agujero cortar el hueso en forma de V, de manera que las líneas de la letra se abran hacia ambos lados del proyectil. Después de esto es necesario aflojarlo y puede ser extraído fácilmente. Si el proyectil ha penetrado en una articulación, los dos miembros en torno a la misma se sujetan con vendajes, por medio de los cuales se tira para separarlos, de manera que los tendones queden también sujetos. La articulación se ensancha con esta extensión y el proyectil puede ser retirado sin dificultad.

Si se incluye el detalle de la operación, no es por otra cosa que poner énfasis en la capacidad de penetración de los proyectiles de plomo, así como en el nivel de la cirugía romana.

Las gestas de los honderos baleares, los más afamados honderos de la época del Imperio, dejarían su huella en las letras romanas, la última huella épica de este arma que vivió su edad de oro en la antigüedad clásica.



*Cirujano extrayendo un proyectil.
Fresco de Pompeya*

Virgilio, que escribió su obra *Geórgidas* hacia el final de Era, habla en ella de las diferentes labores agrícolas según las estaciones. Dice así en relación al invierno:

El invierno hace perezoso al labrador. Durante los fríos disfrutaban ordinariamente los labradores de lo que allegaron y con alegría se regalan entre ellos con festines. Les invita el regocijante invierno y les alivia los cuidados ...

A pesar de esto, es también la ocasión entonces de varear las bellotas de la encina y las bayas del laurel y la oliva, y el fruto rojo como sangre de los mirtos; de tender lazos a las grullas y redes a los ciervos, y de perseguir a las orejudas liebres; es el momento de herir a los gamos restallando en el aire la cuerda de estopa retorcida de la honda balear, cuando la nieve se acumula en los ventisqueros y los ríos arrastran témpanos de hielo.

Ovidio, hacia el principio de era, escribe en su obra *Metamorfosis* :

Desde allí Mercurio había alzado el vuelo batiendo sus alas, y observaba desde el aire los campos de Muniquia...

.....
Casualmente ese era el día en que jóvenes castas llevaban a la ciudadela de Palas los incontaminados paramentos sagrados, en cestos coronados de flores que llevaban sobre sus cabezas..... Herse superaba con su presencia a las demás vírgenes, y era el broche de la procesión y de sus compañeras. El hijo de Júpiter se quedó extasiado ante su belleza, y suspendido en el cielo ardió de pasión, igual que la bala de plomo lanzada con furia por la honda blear, que en el aire se calienta y arde en su trayectoria por el cielo.

A lo largo del siglo III, los conflictos en las fronteras del Imperio con los pueblos bárbaros, obligan a mantener un numeroso ejército periférico, bien asentado en torno a fronteras naturales, como el Rhin, o mediante campamentos fortificados y permanentes. Se acaba incluyendo en el ejército a los propios pueblos fronterizos mediante alianzas y acuerdos, lo que simplificaba y abarataba el reclutamiento de fuerzas. Se establecen así unas fronteras o "limes" que más que líneas de separación son zonas en que además tiene lugar un intercambio económico y cultural.

Estos ejércitos periféricos bárbaros acaban adquiriendo tal poder que impondrían a sus generales como Emperadores. El Imperio romano, con sus instituciones, va entrando en profunda crisis. En Persia, la nueva dinastía de los sasánidas comienza a amenazar seriamente a Roma.

La grave crisis del final del siglo III se supera gracias al Emperador Diocleciano, que inicia una serie de reformas tendentes a recuperar el control político de manos del ejército. También consigue una vuelta a las antiguas tradiciones y cultos romanos, en detrimento del cristianismo, que por entonces se había desarrollado profundamente entre la sociedad romana. Es la época de las grandes persecuciones de los cristianos.

Su sucesor Constantino, consciente sin embargo del enorme potencial de la nueva religión, decide no sólo no oponerse a ella sino que se declara protector de la Iglesia

y participa ampliamente en sus asuntos. Funda en el 324 d. de C. una nueva ciudad romana en Oriente, en la antigua ciudad griega de Bizancio, que estaría destinada a ser más grande y rica que cualquier ciudad edificada hasta entonces. Aunque la llama Nueva Roma, acabaría siendo llamada Constantinopla en su honor.



Constantinopla. Grabado del siglo XVI

Sin embargo la ciudad gozaría de muy pocos periodos de paz a lo largo de su historia. Tras la muerte de Constantino, en el año 337, los bizantinos sufren continuas invasiones y conflictos con los persas, godos, hunos, árabes, turcos, etc.

Al igual que en épocas anteriores, con los persas anduvieron en guerra con frecuencia, desde el advenimiento de la dinastía sasánida, en el 226, hasta su ocaso a manos de los árabes en el 651. La parte principal del ejército sasánida era la caballería armada. Los caballos iban vestidos con cota de malla y protegidos especialmente en ciertas partes del cuerpo con cuero y metal. Los jinetes usaban la lanza y el arco. Pero el ejército también empleaba la infantería, pesada y ligera, con escaramuceadores.

En la batalla de Singara, en el 343, según relato de Libanio, los persas utilizan contra los romanos: arqueros, honderos, infantería pesada y caballería.

Un relato interesante es el de Amiano Marcelino, que participó en el sitio de Amida, en el 359, y en el que se salvó por poco. Describe a los persas utilizando honderos y arqueros en escaramuzas, mientras la infantería pesada, con cota de malla, avanzaba bajo cobertores en filas cerradas, al ritmo de la trompeta. Dice que los infantes iban armados como gladiadores y que obedecían las órdenes como siervos.

El Imperio acaba dividiéndose en dos partes, el occidental con capital en Roma y el oriental de capital Constantinopla.

A finales del siglo IV un feroz pueblo bárbaro de las estepas eurasiáticas, los hunos, empiezan a moverse hacia el oeste, presionando a los pueblos bárbaros germanos situados al norte del imperio. Los vándalos, alanos, visigodos, etc., empiezan a despla-



zarse. En el 410 Roma es finalmente saqueada por los visigodos y hacia el 476 se acaba de desintegrar el Imperio de Occidente, repartiéndose los diferentes pueblos invasores sus provincias. El Imperio de Oriente, sin embargo, sobreviviría otros mil años bajo el nombre de Imperio Bizantino.

NOTAS

(1) Sala de las guerras púnicas. Palacio de los conservadores. Roma.

(2) Tito Livio. *Historia de Roma XXXI, 34,4.*

(3) Polibio. *Suidas, (machaira)*

(4) Sobre los galos, no queremos dejar de mostrar, aunque sea fuera de contexto, algunas pinceladas llenas de colorido dejadas por Tito Livio, que ilustran su curioso carácter y costumbres. En el año 191 a. de C. tiene lugar una invasión de los galos por el norte de Italia. En la batalla de los montes Olimpo y Magaba, el cónsul Gneo Manlio exorta a sus soldados:

"No se me oculta, soldados, que entre todos los pueblos que habitan Asia los galos se distinguen por su fama de guerreros. Ese pueblo salvaje, después de recorrer casi todo el mundo haciendo la guerra, se ha asentado entre gentes pacíficas. Gran estatura, cabellera larga y rojiza, amplios escudos, larguísimas espadas; además los cantos cuando entran en combate, los gritos, las danzas, y el horrísono estruendo con las armas cuando golpean los escudos, según una costumbre ancestral peculiar, todo ello expresamente calculado para infundir el pánico. Pero, con esto, que se asusten los griegos, frigios y carios, a los que resulta nuevo y extraño; los romanos estamos acostumbrados a los alborotos de los galos y a su inconsistencia..."

El cónsul había previsto una batalla no cuerpo a cuerpo, sino a distancia, asediando las posiciones, y había preparado una gran cantidad de jabalinas, lanzas para los vélites, flechas, balas y pequeñas piedras que pudieran lanzarse con la honda...

A los galos les cubrían mal sus escudos largos pero estrechos para su corpulencia... Y ya no tenían más armas que las espadas, que no servían para nada....

Eran acribillados desde todas partes, sin cubrirse, con flechas, proyectiles de honda y jabalinas, y no sabían que hacer, cegados por la rabia y el pánico...

El hecho de combatir desnudos dejaba a la vista sus heridas... y la blancura de sus cuerpos contrastaba con el color oscuro de las manchas de sangre. Pero a ellos no les impresionaban las heridas abiertas: a veces hasta creen que combaten más gloriosamente con cortes en la piel, cuando la herida es más ancha que profunda; pero cuando la punta del proyectil de una flecha o de una honda penetra a fondo y les resquema con una herida aparentemente ligera, y el proyectil no sale cuando buscan la forma de sacarlo, entonces se tiran por tierra abandonándose a la rabia y la vergüenza de que acabe con ellos una herida tan pequeña...[Hª de Roma, XXXVIII,16]

(5) Durante su estancia en las Galias, en dos breves campañas de verano, César realiza las primeras incursiones en las islas. Así describe él mismo el desembarque:

Los barcos, en razón de su tamaño, no podían acercarse a tierra, excepto en agua profunda... [el enemigo] permaneciendo en tierra firme o avanzando un poco dentro del agua, lanzaban sus proyectiles, o espoleaban sus caballos, a lo que estaban entrenados. Asustados por todo esto y completamente inexpertos en este tipo de lucha, nuestras tropas no presionaban con la misma fuerza a que estaban acostumbradas en los combates en tierra. Cuando César se dio cuenta de esto, mandó a los barcos de guerra... remar con rapidez para dar la vuelta y acercarse a los flancos descubiertos del enemigo; y entonces atacar y ahuyentarlos con hondas flechas y artillería. Esta maniobra demostró ser de gran utilidad para nuestras tropas.[Guerra de las Galias, IV,25]

(6) y (7) Montefuacón, Bernard. *La antiquité expliquée*. Láminas